

**Escritura e Imagen**

ISSN: 1885-5687

<https://dx.doi.org/10.5209/esim.95529>EDICIONES
COMPLUTENSE

DELANDA, Manuel, *Teoría de los ensamblajes y complejidad social*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2021

La editorial *Tinta Limón*, continuando con su tarea de difusión de textos que escapen a lo obvio y orienten el pensamiento hacia la creación de nuevas prácticas contestatarias, traduce aquí el libro *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*, publicado por el reputado pensador Manuel DeLanda en el año 2006. DeLanda quiere, en este trabajo, “introducir un nuevo enfoque de la ontología social” (p. 9). Pretende clarificar el estatus ontológico de las entidades sociales, tales como las comunidades, las ciudades, los países, etc., desde una perspectiva considerada *realista*, lo que se complica por la aparente contradicción entre que dichas entidades no existirían sin la mente humana y que tengan, de todas formas, una naturaleza objetiva que no depende de nuestras creencias o teorías. Las referencias a Gilles Deleuze y Félix Guattari son continuas por todo el libro, pues el autor, experto en su obra, les debe a ellos el primer esbozo de la teoría de los ensamblajes que aquí desarrolla. El pensador mexicano divide su escrito en cinco capítulos: Los dos primeros, “Ensamblajes contra totalidades” y “Ensamblajes contra esencias”, se centran en introducir las ideas fundamentales de la teoría de los ensamblajes, y los tres siguientes, “Personas y comunidades”, “Organizaciones y gobiernos” y “Ciudades y naciones”, aplican dicha teoría a casos concretos de estudio.

El primer capítulo está, por lo tanto, dedicado a presentar la teoría de los ensamblajes en contraposición a las totalidades. DeLanda contrapone los ensamblajes a las totalidades hegelianas, ya que, a diferencia de estas últimas, los ensamblajes “están hechos de partes autosubsistentes relacionadas en exterioridad, lo que implica que un componente puede ser arrancado de un ensamblaje e integrado en otro” (p. 29). Las partes de un ensamblaje mantienen su identidad a pesar de formar un todo, lo que los posibilita para formar nuevos ensamblajes, cosa que no ocurre en las totalidades hegelianas, cuyas partes no tienen una identidad propia fuera de la totalidad (lo que DeLanda denomina *macroreduccionismo*: el reducir las partes al todo). En cualquier caso, para evitar que un todo sea un mero agregado de sus partes (lo que denomina *microreduccionismo*), el autor propone en concepto de *propiedad emergente*. Dicha propiedad sería producida como resultado de las *interacciones causales* de las partes de un ensamblaje, lo que le otorgaría a este último algo que no podíamos encontrar en las partes. “En conclusión, el concepto mínimo de ensamblaje puede ser definido por dos características: la exterioridad de las relaciones entre las partes y la emergencia de las propiedades del todo” (p. 20). También, analiza en este capítulo las *dimensiones o ejes de variabilidad* de un ensamblaje, que, como entidad histórica, está siempre sometido a constante cambio (p. 20). Esto es, en términos de Deleuze y Guattari, analiza los procesos de *territorialización y desterritorialización* (y de *codificación y decodificación*) que un ensamblaje puede sufrir, así como los mecanismos que operan en los ensamblajes

sociales y que explican su funcionamiento. Dichos mecanismos, según dice, suelen estar compuestos por un conglomerado de causas, razones y motivos (p. 36).

En el segundo capítulo, DeLanda hace con las esencias lo que había hecho ya con las totalidades, contraponiendo estas a los ensamblajes, para acabar, así, de presentarnos las ideas fundamentales de la teoría de los ensamblajes. Según dice, algunas formas sutiles de esencialismo aún sobreviven en las teorías sociales, por lo que pretende acabar con ellas a través de una ontología social realista que defienda la existencia objetiva de las entidades sociales que no dependa del contenido de nuestra mente, al mismo tiempo que rechaza, para ello, echar mano de alguna esencia que garantice su identidad (p. 39). Tal como dice, el esencialismo parte de productos terminados, descubre después las propiedades que los caracteriza y reifica, finalmente, dichas propiedades en las entidades independientes. La teoría de los ensamblajes, sin embargo, toma el camino contrario. Parte de los procesos históricos que produjeron esos productos, de los procesos de territorialización y codificación que produjeron la identidad del ensamblaje, para llegar a las *singularidad individual* que toda entidad social es; evitando el orden jerárquico esencialista de: género, especie e individuo (p. 42). Cada una de esas *singularidades individuales* puede ser analizada desde una escala *macro* y *micro*: “un mercado provincial sería considerado como ‘macro’ en relación con los mercados regionales componentes, pero ‘micro’ en relación con el mercado nacional del que es parte” (pp. 47-48). Como vemos, por lo tanto, toda entidad social puede ser considerada, desde este punto de vista, un individuo, siendo la persona la entidad social más pequeña que deberá de ser analizada (y que lo será en el próximo capítulo) para alcanzar los objetivos de este trabajo, a pesar de que haya individuos más pequeños aún (pues toda persona es un compuesto de entidades pre-personales). Además de esto, DeLanda concluye este capítulo con un análisis de la posible correlación entre la extensión espacial y la duración temporal de las entidades sociales, concluyendo que dicha correlación no siempre se cumple (p. 62).

Tras esta breve introducción a la teoría de los ensamblajes, el autor comienza por fin en los próximos tres capítulos, como hemos señalado ya, a analizar entidades sociales concretas, comenzando por las personas y las comunidades, y llegando hasta las ciudades y naciones. Valiéndose de la teoría de la subjetividad que Deleuze rescata de Hume, DeLanda defiende aquí que el ensamblaje *persona* se caracteriza en la teoría de los ensamblajes por propiedades emergentes que serían producidas por “relaciones de exterioridad entre componentes sub-personales (sensaciones, ideas, actitudes proposicionales, hábitos, habilidades)” (p. 72), y que esas propiedades servirían como base para distintas disposiciones, tales como la tendencia a comportarse de acuerdo a costumbres y normas colectivas. Dichos componentes sub-personales podrían cambiar, como en el caso del niño que adquiere una bicicleta que le permite adentrarse en nuevos territorios que cambian su capacidad de afectar y de ser afectado y, por tanto, lo posibilita a establecer nuevos ensamblajes. La bicicleta funciona aquí como fuerza desterritorializante, aunque se vuelve reterritorializante cuando esas nuevas disposiciones se vuelven rutina (p. 69). Las personas se encuentran después entre ellas, produciendo ensamblajes mayores cada vez. Uno de los encuentros más simples y estudiados de este tipo son las conversaciones, que tienen una serie de normas (turnos de palabra, atención al que habla, etc.) y de elementos que pueden romper el ensamblaje, como una broma de mal gusto que da fin a dicho encuentro (p. 73), o cambiar su naturaleza (la invención del teléfono cambia el territorio de una conversación). De todas formas, como DeLanda señala, las conversaciones son

encuentros efímeros, pero “cuando estos y otros encuentros sociales son repetidos con los mismos participantes, tienden a producir entidades sociales de mayor duración, como lo son las redes de amigos, vecinos, conocidos o colegas” (p. 77). Al unirse para producir estas comunidades, las personas establecen ensamblajes con propiedades emergentes que los rebosan a la vez que los posibilitan para mantener la propia identidad. Tal y como el autor señala, una de las propiedades emergentes más importantes de los ensamblajes de este tipo es “el grado de conectividad entre los enlaces *indirectos*, una propiedad designada como la *densidad* de la red” (p. 77). Un ejemplo de una red de alta densidad sería la de un grupo en el que los amigos de los amigos de un miembro conocen a los amigos de los amigos de todos los miembros de la red. Eso posibilitaría, por ejemplo, la rápida propagación de una violación de las normas de la comunidad, así como la capacidad de la comunidad para la memorización de la reputación del miembro violador (p. 78). DeLanda se centra en las próximas páginas en los elementos que refuerzan y debilitan a un ensamblaje de este tipo, como por ejemplo, el lenguaje, los distintos conflictos y los movimientos de justicia social.

En los últimos dos capítulos, para terminar, el pensador mexicano hace lo propio con ensamblajes cada vez mayores. Primero, se centra en las organizaciones y gobiernos que toman parte en la *coordinación imperativa* de la acción social, centrándose para ello en lo que considera que todas ellas comparten, esto es, en la estructura de autoridad. Considerará, para ello, “solamente los componentes básicos de una cadena de mando: los que cumplen un papel expresivo, expresando la *legitimidad* de la autoridad, y los que juegan un rol material en la *imposición* de la autoridad” (p. 91). En esa tarea, examinará cómo diferentes tipos de organizaciones (tradicional, carismática o racional-legal) expresan lo legítimo de su autoridad, así como las prácticas de imposición tales como el castigo o un uso específico del espacio y del tiempo (p. 96). Vuelve a analizar, entonces, los distintos tipos de ensamblajes de este tamaño, así como los “procesos que estabilizan o desestabilizan la identidad histórica de un ensamblaje” (p. 108), y la “variedad de interacciones que un gobierno puede tener con otras entidades sociales” (p. 121). Por último, en el capítulo final, se concentra en los ensamblajes de mayor tipo, en las ciudades y naciones, pues duda de que los espacios que Braudel llama economías-mundo puedan ser vistos como ensamblajes (p. 153). Considera que es esencial para el análisis de estos objetos de estudio atender a las relaciones espaciales, pues una ciudad, por poner un ejemplo, “contiene una población entera de personas, y múltiples comunidades y organizaciones, a las que organiza en el espacio por medio de casas, edificios y calles, que a su vez están organizados en colonias y barrios residenciales y distritos comerciales y gubernamentales” (p. 125). DeLanda señala aquí los diferentes procesos a través de los cuales una ciudad se organiza y produce, así como las condiciones a partir de las cuales surgieron después las naciones.

Con todo, tras este breve recorrido por el libro que tenemos entre manos, podemos afirmar que es una obra de gran importancia, no solo por el análisis histórico-sociológico que efectúa, sino, sobre todo, por sentar las bases ontológicas para futuros análisis sociales. Tal como DeLanda señala, “[p]reservar la autonomía ontológica de cada escala permite la integración de aportes de gran valor que diferentes científicos sociales han desarrollado” (p. 154), como por ejemplo los estudios de las entidades de pequeño tamaño y corta duración que Erving Goffman realiza y el de las entidades de gran extensión y larga duración con los que Fernand Braudel trabaja. El autor

tiene la ambición de sentar las bases para una ontología social aceptada crítica y no implícitamente (p. 14), para lo que, sin duda, este trabajo será de gran valor. Tras un largo recorrido dedicado en gran medida a la obra de Gilles Deleuze, en el que ha tenido que centrarse en múltiples ocasiones en la labor cuasi hermenéutica¹, el autor, aún y valiéndose ampliamente de la obra del francés, manifiesta aquí por lo siguiente: “daremos nuestra propia definición de los términos técnicos; presentaremos nuestros propios argumentos para justificarlos; y usaremos recursos teóricos distintos de los usados por Deleuze para desarrollarlos” (p. 11). Evitando, de este modo, la muchas veces tediosa labor de “malgastar” páginas y páginas en deducir lo que *realmente* quiso decir el francés. En este libro, su objetivo, como hemos señalado ya, es otro, el cual sigue desarrollando en otras obras, como por ejemplo en *Assemblage Theory*, texto que publicó en el año 2016 y en el que prosiguió con la tarea de aplicar la teoría de los ensamblajes en distintas disciplinas, tales como el lenguaje, la práctica científica y la tecnología bélica. DeLanda demuestra con sus escritos que “[s]i bien los filósofos no pueden, y no deben, hacer el trabajo que corresponde a los científicos sociales, sí pueden contribuir enormemente al trabajo de clarificación ontológica” (p. 14). He ahí su importancia e interés.

Imanol Galarraga Castaño
imaanolg@gmail.com

¹ DeLanda reconstruye en su famoso *Ciencia intensiva y filosofía virtual* la ontología deleuziana tras una árdua labor hermenéutica.